



PÁGINA TERESIANA.

Plática a las Señoritas *del Dormitorio de S. Teresita en la fiesta de su Patrona*

POR EL P. SANTOS ABIA, AGUSTINO.

Sitio, tengo sed. S. Juan, XIX — 28.

JÓVENES dormitorianas del Dormitorio de S. Teresita: Me pedis cuatro palabras acerca de vuestra celestial Patrona, y me veo precisado a tener que complaceros. Pues bien, al intentar hablaros de ese ángel, de ese serafín, de esa flor celestial, que con sus aromas está embalsamando el mundo, de S. Teresita, patrona y titular de esta casa, yo me he fijando en esa misteriosa palabra, que acabais de oír. Palabra divina, salió de los labios ya moribundos de Jesús clavado en la Cruz. Sitio, tengo sed. De qué, Jesús mio? De celo por la gloria de mi Padre; de amor por las almas.

Del mismo modo, cuando se ha pasado un rato de conversación con S. Teresita, despues de haber

leido esas admirables páginas, que exhalan de si aromas celestiales, y que se titulan: “Historia de un Alma”, pareceos que volveis a escuchar el eco de la misma misteriosa palabra; diríase que es ella la que llana todas las páginas, la que las inspira, la que las da vida; es también el eco que os queda de su lectura, sitio, tengo sed. Sed de qué? En qué os figurais que consiste esa sed? Es acaso sed de placeres, de galas, de modas y de diversiones, de amar y de ser amada....? Es la sed en que se abrasan, se consumen y pierden muchas de nuestras jóvenes de hoy? ¡Ah, no! La sed de Teresita es....sed de amar a Dios, de sacrificarse por Jesús, de ganar almas para Jesús.

Al ponerlos, pues, delante la virtudes de S. Teresita, de esta angelical niña, en cuales otras de-

bía fijarme con preferencia, sino en su sed ardentísima de amar a Dios? He aquí, pues, lo que me propongo, al tener el gusto de dirigiros una vez más la palabra. ¡Quién me diera que mis palabras llegaran a encendar en vuestros corazones una chispa siquiera de amor a Dios! ¡Oh, por cuán bien pagado me daría!

No os contaré la historia de S. Teresita.... Quién no la conoce? Por otra parte, el temor de profanar una historia que tan inimitablemente nos ha contado ella misma, sería razón más que suficiente para no intentarlo siquiera. Nos encontramos en presencia de una de esas flores de la naturaleza, cuyos suaves aromas os embriagan, cuyos vistosos colores os extasían. Aspirad enhorabuena el suave aroma que exhala, gozaos con su vista; pero, ¡por Dios! no la toqueis, no intentéis tocarla, porque os encontraríais con la desagradable sorpresa de ver como se van cayendo al suelo aquellas hojas galanas cuya hermosura os había cautivado.

Pero al tratar de mostraros el amor, para con Jesús, encerrado en el tierno corazón de esta Niña, ¿no tropezaré con la misma dificultad? ¿Cómo podría yo deciros caales fueron sus sentimientos, sus trasportes de amor a Jesús, si estas cosas, como ella misma nos ha dejado escrito, no pueden traducirse al lenguaje de la tierra, pierden su fragancia cuando se las espone al aire? De este apre-

tamiento, de esta dificultad en que me encuentro, yo no acierto a salir, sino es valiéndome de sus mismas palabras. Emmudezca, pues, mi lengua y sea ella, S. Teresita, quien os hable. Sabais que, caso excepcional en la naturaleza, a los dos años y medio, le fué concedido el uso de la razón. Pues bien, ¿será aventuradi el decir que desde aquella fecha le salió al encuentro el amor de Jesús, que desde aquella fecha su alma y la de Jesús se encontraron, se abrazaron, se unieron para no separarse ya más? Tenía solamente tres años, cuando escribía su santa madre: El otro día me preguntaba Teresita si iría al cielo? Le contesté: si eres buena si que irás. ¡Ay, mamá, si no fuere buena, iría al infierno? Aquí teneis a una niña de tres años, suspirando por el cielo, temerosa de ir al infierno. Pero sigamos un poco más, adelantemos unos pasos. ¿Visteis al astro de la noche, apareciendo en el horizonte, escaso de luz al principio, luego un poco más brillante, hasta que al fin consigue mostrársenos en toda su redondez y esplendor? Pues tal me parece a mi esta niña privilegiada: es como la hermosa luna de la noche, que va creciendo, siempre creciendo en amor.

Hemos llegado a la edad de once años, fecha memorable de su primera comunión! ¡Oh qué dulce, qué tierno y efusivo debió ser aquel encuentro de Teresita y Jesús! Si pude hablaros antes de abrazos, uniones.... ahora le llama-

ré fusión. “Sentíame amada, nos dice ella misma, y repetía a mi vez: os amo... me entrego para siempre. Aquel día no puede llamarse nuestro encuentro simple mirada, sino verdadera fusión.” ¿Comprendéis el significado de esta palabra? Pues yo os lo diré con un ejemplo. Cojed dos gotas de agua, unidlas. Qué ha sucedido? Se han mezclado, se han fundido; ya no podreis distinguir más una de otra. Pues lo mismo nos dice Teresita que sucedió en el día feliz de su primera comunión; su alma y la de Jesús se unieron para confundirse, ya no fueron dos almas, dos querer, dos amores. Teresita había desaparecido, como la gota de agua se pierde en el océano. Jesús quedaba solo, como dueño y Señor. Desde aquel momento, hermanas mias, Teresita quedó transportada, fuera de sí, enloquecida; porque el amor, cuando es fuerte y verdadero, hace enloquecer por el amado.

Vedla. No sabiendo, una noche, cómo demostrar a Jesús su amor, sus ardientes deseos de verle amado en todas partes, se le ocurre pensar que del infierno no se elevará un solo acto de alabanza y de amor a Jesús; entonces, fuera de sí, exclama que desearía ser para siempre sumergida en el infierno, a fin de que haya allí, en aquel lugar de blasfemias, un alma que ame, que glorifique a Jesús.

Dónde fueron, hermanas mias, aquellas ansias del cielo, aquellos temores del infierno, que le asal-

taban cuando pequeña? Todo, todo ha desaparecido, para dar paso únicamente al amor. Ah! “No son riquezas, ni gloria, ni siquiera la gloria del cielo (nos dirá un poco más tarde, ya enferma, próxima a desojarse como una flor a los ardientes rayos del sol), lo que me atrae, lo que yo pido, lo que anexo, Jesús mio, es amaros.”

Lo hemos dicho todo ya? No. Veamos otras nuevas manifestaciones del amor de Teresita. El amor, hermanas mias, no sabe estar inactivo y oculto; como el fuego, si le comprimis y tratáis de cerrarle, romperá y estallará con gran ímpetu. Qué no será capaz de hacer un corazón apasionado por el objeto de su amor? Con qué ímpetu, con qué fuerza, las palabras, los deseos del amado repercuten en el corazón de quien ama! Por eso es que todos los santos, las almas todas donde logró prender una sola chispa del amor a Jesús, al oírle exclamar: sitio, tengo sed, me abraso, me consumen los deseos de salvar almas, han sentido como ansias infinitas de calmar esos deseos, de ofrecer almas al que por salvarlas, murió en una cruz.

Pues bien, he aquí una nueva manifestación del amor de Teresita. ¡Ah! ¡Cómo es cierto que el celo por la salvación de las almas abrasaba su tierno corazón! ¿Qué no hubiese dado ella, qué sacrificios no se hubiera impuesto porque un alma menos ofendiera a Jesús y le amara un alma más?

Escuchad los arrullos de esta inocente tortolilla. Un domingo, dice, al cerrar el devocionario, despues de misa, una fotografia de Jesús quedó algo fuera, asomando una de sus manos perforada y ensangrentada. Al verla....partióse mi corazón, al contemplar aquella sangre preciosa que caía en tierra, sin que nadie se apresurase a recogerla. Desde aquel dia el grito de Jesús moribundo: tengo sed, resonaba a cada instante en mi corazón y le encendía en un amor vivísimo hasta entonces por mí desconocido. Anhelaba dar de beber a mi amado; sentíame yo también devorada por la sed de almas, y quería a todo trance arrancar a los pecadores de las llamas eternas. ¡Y era todavía una niña cuando esto sucedía!

Pues oidla, un poco más tarde, cuando ya madura y seca la espiga, comienza a inclinarse sobre su tallo; oidla, digo, exhalar entonces sus últimos arrullos, sus últimos gemidos, sus deseos y aspiraciones últimas: "Quisiera, dice, recorrer toda la tierra, predicando vuestro nombre, y plantar, amado mío, en tierra infiel vuestra gloriosa cruz. Mas no me bastaría una misión, pues desearía anunciar a un tiempo vuestro evangelio en todas las partes del mundo, hasta en las más lejanas islas! Quisiera ser misionera, no solo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo, hasta la consumación de los siglos...."

Así, hermanas mías, esta blan-

ca paloma, milagrosamente salva-
da del diluvio, en que hoy el mundo se anega, se abrasaba hasta consumirse de amor. Visteis alguna vez manso pajarillo caer herido, y luego como a cada movimiento, a cada latido de su pechuzuelo, va dejando escapar una gotita de sangre, hasta quedar al fin rígido, insensible, muerte? Pues así Teresita. Presa del águila celestial, herida del divino amor, cada palabra, cada suspiro, cada latido de su corazón, eran otros tantos actos de amor, en que la vida se le iba escapando, hasta que llegado el treinta de Septiembre de 1897 abrazada al crucifijo, con la vista fija en el crucifijo: "Le amo, dice, Dios mío.... os amo...." y entrega su alma a Jesús, cuando solo habia cumplido venticuatro años.

Al llegar aquí, hermanas mías, al tener que imponerme silencio, a fin de no cansaros, debo manifestaros que necesito hacerme violencia. ¡Con qué satisfacción seguiría yo desojando las flores de las virtudes de la santa, para que tuvierais ocasión vosotras de deleitaros con los suaves aromas que exhalan! Al dejar de seguir hablandoos, me sucede lo que al caminante, que, sintiéndose abrasar de sed, y comenzando a aplicar sus secos y ardientes labios a un vaso de agua fresca, se le obligara a separarlos, quitándole el vaso.

Y ahora, qué me resta, sino exhortaros, poniendo en ello todo mi amor, a Jesús tanto, si cabe, como

corazón, al amor de Jesús, a que le amó Teresita? Porque Jesús, hermanas mías, sigue teniendo sed de amor; hoy más que nunca está sediento de amor, y no encuentra quien se lo de. El mundo tiene sus amadores apasionados, Satanás los tiene también; solo el pobre Jesús se ve en la precisión de mendigar amor, y apenas lo encuentra. ¿Se lo daréis vosotras? ¿O es que

no tiene Jesús derechos a vuestros corazones, a vuestro amor? ¡Ah! ¿Quién le precedió, quién le aventajó en amaros? ¿Que otro amor fué tan firme, tan constante y desinteresado, como el suyo? Que el ejemplo y la intercesión de S. Teresita hagan de vosotras constantes y apasionadas amadoras de nuestro Señor Jesucristo.



IN MEMORIAM

✠ OS ROGAMOS Señor absolvais de todo vínculo de pecados las almas de vuestros siervos: Gregoria Gorospe, Laoag, Ilocos Norte; Sixta Peres, Mandaue, Cebu; Tirso de Paz, Vedasto Abadines, Dulag, Leyte; Andrea Reyes, Raymonda Hernandez, Gapan, Nueva Ecija; Felicidad Bitasa, Dominga Ursia, Alfonsa Romanes, Majayjay, Laguna; Juana Zornosa, Pasay, Rizal; Dominga Natividad, Dagupan, Pangasinan; Hilaria Lolengco, Naga, Camarines Sur; Maximina Arbiol, Matalon, Leyte; Loreto Ocampo, Bruna Santos, Roque Pimpeño, Agustín Lorenzo, Camela Bernal, Segunda Calingo, Felipe Gomez, Pasig, Rizal: para que en la gloria de la resurrección vivan entre vuestros santos y elegidos. Por nuestro Señor Jesucristo que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amen.